Gran santo, gran administrador

escrito por P. Francesco MOTTO | noviembre 11, 2024

No es fácil elegir entre los cientos de cartas inéditas de Don Bosco que hemos recuperado en las últimas décadas las que más merecen ser presentadas y comentadas. En esta ocasión tomamos una muy sencilla, pero que en pocas líneas resume todo un proyecto de obra educativa salesiana y nos ofrece otros muchos datos de interés. Es la escrita el 7 de mayo de 1877 a una persona del Trentino, un tal Daniel Garbari, que en nombre de dos hermanos le había preguntado repetidamente cómo podría fundar en su ciudad un instituto educativo, como los que Don Bosco estaba fundando en toda Italia, Francia y Argentina.

Estimado Sr. Garbari,

Mi ausencia de Turín ha sido la causa del retraso en la respuesta a sus cartas, que he recibido regularmente. Me alegro mucho de que nuestra institución sea bien acogida en sus ciudades. Cuanto más se conozca, más gustará a los propios gobiernos; les guste o no, los hechos nos aseguran que debemos ayudar a los jóvenes peligrosos para convertirlos en buenos ciudadanos o mantenerlos en la deshonra de la cárcel.
En cuanto a la creación de un instituto similar a éste en la ciudad o ciudades de Trento, no hace falta mucho para empezar:
1° Una habitación capaz de albergar a cierto número de niños, pero con sus respectivos talleres o laboratorios en el interior.
2° Algo que pueda proporcionar un poco de pan al director y a las demás personas que le ayudan en el cuidado y la dirección.
Los niños se mantienen
1° de la poca pensión mensual que algunos de ellos pueden pagar, o la pagan familiares u otras personas que los recomiendan.
2° De los escasos ingresos que les proporciona el trabajo.
3° Por las subvenciones de los municipios, el gobierno, las congregaciones caritativas y las donaciones de particulares. Así es como funcionan todas nuestras casas de artesanos, y con la ayuda de Dios hemos progresado bien. Sin embargo, hay que partir de la base de que siempre hemos estado y estaremos al margen de todo lo político.
Nuestro objetivo primordial es reunir a niños peligrosos para hacer de ellos buenos cristianos y honrados ciudadanos. Esto es lo primero que hay que dejar

claro a las autoridades civiles y gubernamentales.
Como sacerdote, pues, debo estar totalmente de acuerdo con la autoridad eclesiástica; por tanto, a la hora de concretar el asunto, escribiría directamente al arzobispo de Trento, que sin duda no tendrá ninguna dificultad.
He aquí mi reflexión preliminar. A medida que la práctica continúe y se necesite más, escribiré. Por favor, dé las gracias en mi nombre a todas las personas que me muestran su amabilidad.
Quería escribir yo misma con mi fea letra, pero pasaré la pluma a mi secretario para que sea más fácil de leer.

Créame con la mayor estima y gratitud con la que tengo el honor de profesar a Vuestra Eminencia Estimada. Atentamente

Humilde servidor Sac. Giovanni Bosco Turín, 7 de mayo de 1877

Imagen positiva de la obra salesiana

En primer lugar, la carta nos informa de cómo Don Bosco, tras la aprobación pontificia de la congregación salesiana (1874), la apertura de la primera casa salesiana en Francia (1875) y la primera expedición misionera a América Latina (1875), estaba siempre ocupado visitando y apoyando sus obras ya existentes y aceptando o no las muchas que le proponían en aquellos años desde todas partes. En la época de la carta tenía el pensamiento de abrir las primeras casas de las Hijas de María Auxiliadora más allá de la de Mornese –no menos de seis en el bienio 1876-1877- y, sobre todo, estaba interesado en establecerse en Roma, donde llevaba más de diez años intentando sin éxito tener una sede. No consiguió nada. Otro verdadero piamontés como Don Bosco, un “sacerdote del movimiento” como él, no fue bien recibido a orillas del Tíber, en la Roma capital ya llena de piamonteses no deseables, por ciertas autoridades pontificias y por cierto clero romano. Durante tres años tuvo que “conformarse” con la “periferia” romana, es decir, los Castelli Romani y Magliano Sabino.

Paradójicamente ocurrió lo contrario con las administraciones municipales y las mismas autoridades gubernamentales del Reino de Italia, donde Don Bosco contaba, si no con amigos -sus ideas estaban demasiado alejadas- al menos con grandes admiradores. Y por una razón muy simple, en la que todos los gobiernos estaban interesados: gobernar el recién nacido país Italia con ciudadanos honrados, trabajadores y respetuosos de la ley, en lugar de poblar las cárceles con “delincuentes” vagabundos, incapaces de mantenerse a sí mismos y a sus

familias con un trabajo decente propio. Tres décadas más tarde, en 1900, el famoso antropólogo y criminólogo judío César Lombroso habría dado todo el crédito a Don Bosco cuando escribió: “Los institutos salesianos representan un esfuerzo colosal e ingeniosamente organizado para prevenir la delincuencia, el único de hecho realizado en Italia”. Como bien dice la carta en cuestión, la imagen de las obras salesianas en las que, sin alinearse por los distintos partidos políticos, se educaba a los muchachos para que se convirtieran en “buenos cristianos y honrados ciudadanos” era positiva, y esto incluso en el Imperio Austrohúngaro, al que pertenecían entonces Trentino y Venecia Julia.

Tipología de una casa salesiana

En la continuación de la carta, Don Bosco pasó a presentar la estructura de una casa de educación: habitaciones donde alojar a los muchachos (y dio a entender al menos cinco cosas: **patio** para jugar, **aulas** para estudiar, **refectorio** para comer, **dormitorio** para dormir, **iglesia** para rezar) y “**talleres** o **laboratorios**” donde enseñar un oficio con el que los jóvenes pudieran vivir y tener un futuro una vez salieran del instituto. En cuanto a los recursos económicos, indicaba tres activos: las pensiones mínimas mensuales que podían pagar los padres-familiares de los chicos, los pequeños ingresos de los talleres artesanales, las subvenciones de la caridad pública (gobierno, ayuntamientos) y, sobre todo, la caridad privada. Era exactamente la experiencia de Valdocco. Pero Don Bosco callaba aquí una cosa importante: la **consagración** total a la misión educativa del director y sus estrechos colaboradores, sacerdotes y laicos, que por el precio de una hogaza de pan y una cama pasaban las 24 horas del día en el trabajo, la oración, la enseñanza y la asistencia. Al menos así se hacía en los hogares salesianos de la época, muy apreciados por las autoridades civiles y religiosas, obispos en primer lugar, sin cuya aprobación evidentemente no era posible fundar un hogar “que educara evangelizando y evangelizara educando” como aquella casa salesiana.

Resultado

No sabemos si hubo un seguimiento de esta carta. El proyecto de fundación salesiana del señor Garbari ciertamente no siguió adelante. Y lo mismo ocurrió con decenas de otras propuestas de fundación. Pero está históricamente comprobado que muchos otros instructores, sacerdotes y laicos, en toda Italia se inspiraron en la experiencia de Don Bosco, fundando obras similares, inspirándose en su modelo educativo y en su sistema preventivo.

Sin embargo, Garbari tuvo que darse por satisfecho: Don Bosco había sugerido una estrategia que funcionó en Turín y en otros lugares... y además tenía en sus manos su autógrafo, que, por difícil de “descifrar”, seguía siendo el de un santo. Tanto es así que lo conservó celosamente y hoy se guarda en el Archivo Central Salesiano de Roma.